

LA AZUCENA.

REVISTA QUINCENAL.

DEDICADA A LOS AMANTES DE LAS CIENCIAS, LETRAS Y ARTES,

Y ESPECIALMENTE

AL BELLO SEXO.



Esta REVISTA publica los días 15 y 30 de cada mes. Se remite á la Isla franca de porte.

DIRECTOR PROPIETARIO,
DON ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA.
S. Sebastian - 75.
PUERTO-RICO.

Precio de la suscripcion. 12 rs. ctes. por trimestre adelantado. Solo se admite suscripcion por trimre

CARTA DE JULIA A GRASIELA.

Puerto-Rico 13 de Marzo de 1,875.

Mi siempre querida amiga: Tiempo hace que el duendecillo de "La Azucena" no dá con nuestras cartas, y esto le tendrá de seguro amostazado, él que de suyo es tan maligno y tan curioso. Me prometo que con esta sueda lo propio, con gran contentamiento de nuestra piel, sobrado asendereada ya por la lengua de Don Cosme y la nunca bien ponderada Sra. de Microvista; pues no parece sino que nos habían jurado tema al verse la insistencia con que han censurado siempre nuestra afición á todo lo que no sea su rancia rutina, y nuestros gustos tan diferentes de los suyos.

Isaura me escribe de Mayagüez á donde ha ido por algunos meses. Allí han estado de fiesta con motivo de haber inaugurado el ferrocarril ó tram-vía que me ya fácil, barata y cómodamente á aquella playa con la poblacion. Lástima es que no se hayan decidido de una vez á sustituir los caballos por el vapor; pero ¿cómo ha de ser! principio quieren las cosas, y este es un adelantamiento plausible, que á mas de la utilidad que ha comenzado á prestar en aquella poblacion á todas sus clases, será provechoso ejemplo que anime á seguir por la vía de los tram-vías á las demás de esta tierra. Así lo hubiese desde esa villa á la playa y así lo tuviésemos aquí desde la Ciudad á Rio-Piedras con gran bien del número de almas ya excesivo dentro de la Ciudad, y que en lo general no puede cubrir los alquileres que, con la demanda de habitaciones, han subido y seguirán subiendo. Y gracias que esta poblacion ha podido esparcirse por un lado hasta Bayamon y por el otro hasta dicho Rio-Piedras! Cualquiera empresa que aquí se estableciese, comenzaría por no perder y acabaría por ganar, fomentando con la facilidad y baratura de la comunicacion continua, el caserío en esa bella llanura que ya comienza á poblarse, aunque no tan de prisa como lo traería consigo el tram-vía referido.

Tambien oigo hablar del acueducto y puente de la Playa con referencia á esa mi querida villa, y á juzgar por lo que dice "El Avisador" están estos proyectos bastante adelantados. Como por mi parte creo que una línea de ferro-carril es una cinta de oro para la superficie que cruza, y tambien que el agua de una poblacion es la base de su higiene y de su industria y un puente es un salto que damos por cima de un obstáculo en la senda del progreso, cuando veo realizables estas cosas, me siento otra de alegría.

Por acá nada de nuevo ocurre: el teatro cerrado desde que nos dejó la Compañía de Valero. Con los agninaldos terminaron los bailes que no toruarán sino hasta Mayo con la Cruz, segun costumbre. Modas, lo de siempre: polaciones de á folló y los promontorios consabidos en las cabezas que de bonitas se truecan en risibles caricaturas. Ya no se puede celebrar, me decía un amigo poeta en días pasados, la cabellera de una jóven, porque no se sabe si al llamarla bella, saldrá de la tumba alguna sombra dándose por evocada y recla-

mando la propiedad. Suponte que el poeta cante la cabellera de Juana y salga el espectro de Francisca á cráneo pelado reclamando aquella poesia que fué la suya. Eso de disputar á los muertos lo que en sí no es otra que materia córnea que los poetas han dado en decir que es undivaga como las olas del mar del amor, y oro si es rubia y ébano si es negra! Y si todo fuese pelo! Pero, no señor, es un enmarañamiento de pita! De suerte que estaría bien decir á alguna:

En esa undosa pita que pretende el honor de cabellera, no encuentra amor su red como en un tiempo, sino la pita que pitando ahuyenta.

Con estas y otras frases epigramáticas expresa su indignacion el poeta Leoncio, ántes adorador de las hermosas y perfumadas guedejas naturales.

Á otra cosa:

El estudioso Doctor Stahl, infatigable herborizador de nuestros campos, que ha colectado con sus nombres vulgares y científicos y clasificado gráficamente la mayor parte de las plantas de nuestra Flora, segun las curiosas colecciones que he tenido el gusto de ver, acaba de escribir y piensa publicar un curso de Botánica en esta forma:

Parte 1ª Elementos de aquella ciencia.

2ª Flora de Puerto-Rico y las principales plantas útiles del mundo.—Con quinientos grabados.

Ojalá que lleve á cabo su objeto y logre en esta isla la acogida que merece. Este sería justo premio á sus afanes, á mas de la gran utilidad de la obra como se comprende desde luego.

No creo yo que haya en nuestra provincia muchos que tengan su perseverancia en el estudio ni que ocupen su tiempo y fuerzas en tareas semejantes. Por eso, tales obras emprendidas aquí, son acontecimientos dignos de registrarse, por lo que significan como ciencia y por la suma de fé y perseverancia de que son prueba y ejemplo.

Á propósito de libros: en la justamento famosa traducion que de las obras completas de Shakespeare, ha hecho á la lengua del Sena, Francisco-Victor Hugo, el hijo del gran poeta y novelista francés, no ha muchos años; se publica como nota, una lista de los precios que obtuvieron en una venduta de Londres algunas obras de aquel memorable dramaturgo. Te la incluyo porque es curiosa. Al ver ejemplar vendido á 1,500 y á mas de 3,000 pesos, no puedo menos de recordar á los que creen que un libro siempre es caro, y solo vale algo cuando tiene lujosa impresion y grandiosos grabados. Suponte que se trata en dicha lista de libros viejos, mal impresos, manchados por el tiempo y tal vez por la incuria de algunos poseedores; y entonces no faltará quien diga que en Londres hay muchos locos fuera del manicomio, que dan por un tomito, quizás desvencijado, miles de duros! Pero, Señor, aunque sea por vanidad. Me reconcilio un tanto con esta cuando la veo empleada de semejante modo. Es vanidad por lo bello.

Y Enriqueito y Eh!—Dale memorias y escribe, Perezosa ó distraida. Tuya siempre

Julia.

NOTA A QUE SE REFIERE LA CARTA DE JULIA.

En Julio de 1,864 en la subhasta de la Biblioteca del difunto Mr. Daniel, en Londres, un ejemplar de la 1ª edición (año 1,598) del poemita de Shakespeare *Vénus y Adonis*, se vendió en 315 libras esterlinas ó sean (\$ 480) en \$ 1,512.

Un ejemplar de la 2ª edición (1,594) fué comprado en 240 libras ó sean \$ 1,152.

En la misma venta un ejemplar de la 1ª edición (1, 593) del poemita del mismo autor *La violacion de Lucrecia*, fue pagado en 110 libras, 19 chelines, \$ 529 próximamente. Un ejemplar de la edición *príncipe*, ó sea primera, de los 155 *Sonetos*, adquirida en 1 chelin en el siglo pasado por Narciso Luttrell, fué adjudicada á un apreciador ó aficionado (*amateur*) por la suma de 225 libras 15 chelines, ó sean \$ 1,081 próximamente.

Las siguientes obras del mismo autor obtuvieron en la dicha subhasta estos precios:

	Libras.	Chelines.	Francos.	Cénta.
EDICION EN 4ª				
DRAMAS Y COMEDIAS.				
Ricardo 2º (ed. 1,597)	341	5	8,531	25
Ricardo 2º (ed. 1,598)	108	3	2,703	75
Ricardo 3º (ed. 1,597)	351	5	8,781	25
Penas de amor perdidas (ed. 1,598) ..	346	10	8,662	50
Primera parte de Enrique 4º (ed. 1,599)	115	10	2,887	50
El mercader de Venecia (ed. 1,600) ..	99	15	2,493	75
Romeo y Julieta (ed. 1,599)	53	10	1,312	50
Enrique V. (ed. 1,600)	231	..	5,775	..
Mucho ruido para nada (ed. 1,600) ..	267	15	6,693	75
El sueño de una noche de estío (ed. 1,600)	241	10	6,037	50
Las alegres esposas de Windsor (ed. 1,602)	346	10	8,662	50
El Rey Lear (ed. 1,608)	29	8	735	..
Pericles (ed. 1,609)	84	..	2,100	..
Troylo y Cressida (ed. 1,609)	114	9	2,860	25
Hamlet (ed. 1,611)	28	7	708	75
Tito Andrónico (ed. 1,611)	31	10	787	50
Otelo (ed. 1,622)	155	..	3,875	..

EN FOLIO

Teatro completo de Shakespeare (ed. 1,623) ejemplar adquirido por Miss Burdett Coutts	716	2	17,802	50
Id. edición de 1,632	148	..	3,700	..
Id. id. id. 1,664	46	..	1,150	..
Id. id. id. 1,685	21	10	537	50

Las Historias extraordinarias de Edgardo Poe, son una coleccion de cuentos fantásticos superiores á los afamados del alemán Hoffman por mas de un concepto: son mas fantásticos que aquéllos si cabe, y por otra parte han sido sin duda los que han servido de iniciacion al propósito hoy tan puesto en boga por Julio Verne y otros escritores, de vulgarizar las ciencias. El viaje á la Luna de Poe sería de esto una cabal muestra.

Los lectores de nuestra Revista se alegrarán al verlos formando parte de su coleccion. Por donde quiera que se han publicado, no han recibido mas que elogios confirmados enseguida por la aceptación general.

En nuestra misma isla han comenzado á publicarse por "La Prensa" periódico que empieza á ver la luz en Mayagüez, y al que devolvemos cordialmente el saludo, por la parte que nos toca en el que dirige á la prensa periódica de esta provincia.

Coincidencia ha sido; pero ya teníamos preparada la publicacion en "La Azucena" de las mencionadas *Historias extraordinarias*, y tanto las estimamos, que habríamos sentido desistir de nuestro propósito.

Hé aquí algunos de los párrafos con que encabeza

(*) \$3,437-28 centavos

una de las varias colecciones que de los mismos se han hecho.

"Pasaron ya para ella (*) los dias de prueba. Apareció lentamente artículo por artículo en las columnas de un periódico del estado de Virginia, y hoy despues de recorrer en triunfal carrera el Nuevo Mundo, ha salvado el Atlántico y marcha por la vieja Europa traducida á todas las lenguas y devorada, que no leida, por todas las clases de la sociedad. Ha pasado ya por los manos del sábio y del ignorante, del letrado y del guerrero, del jóven y del anciano, de la mujer y del niño, y en todas partes excita la misma emoción y arranca igual aplauso. ¿Cómo explicar la universalidad de su triunfo? Si es obra científica ¿porqué gusta á las mujeres? Si es obra de imaginacion ¿porqué agrada á los sábios? Si procura retratar las virtudes ó los vicios de una sociedad determinada ¿porqué se lee en tan diversas naciones? Si trata de escudriñar otra vez mas los misteriosos pliegues del corazon humano ¿qué puede decirnos que no haya dicho ya esa pléyade de novelistas que, infatigables mineros, han sondeado todos sus abismos?"

Es una obra de recreo, y sin embargo enseña: es una obra científica, sin embargo deleita: es una obra que pertenece al género mas antiguo que registra en sus anales la historia de la literatura, y sin embargo es una obra que inaugura un género nuevo, completamente nuevo."

En cuanto al autor, hé aquí lo que dice el artículo citado:

"Por los frutos se conoce el árbol: el estilo es el hombre: axiomas son estos que hasta la saciedad se han repetido; pero nunca estará su exactitud mas comprobada que en el presente caso. El sello de lo contradictorio y lo extraordinario que reina en la obra es tambien el sello peculiar y distintivo del genio de su autor, que marcó los dias de su existencia como las páginas de su libro, porque su vida fué un poema de genio y miseria, de gloria y abyeccion, así como sus cuentos una mezcla de lógica y absurdo, de ciencia y de novela. Nació en Baltimore en 1813, y huérfano en Richmond, en edad muy temprana fué llevado á Inglaterra, recibiendo en Londres su educacion primera: volvió á América en 1822 á continuar sus estudios en Charlottesville, distinguiéndose entre todos sus compañeros; pero luego siente como Byron el irresistible deseo de tomar parte activa en la poética guerra de la emancipacion griega y marcha á alistarse en las banderas de Ipsilanti. Aquí hay un vacío en la historia de Poe hasta que aparece en San Peterburgo comprometido en un mal negocio y obligado á reclamar su nacionalidad para librarse del castigo y volver á su patria en 1829.— Entra en la escuela militar de West Point, pero su imaginacion empieza ya á correr á la desbordada: es expulsado y dá á luz su primera obra, un tomo de poesías. La miseria, sin embargo, le persigue tenaz y le lleva al extremo de tener que servir en clase de soldado, hasta que conquistando dos premios en un certámen poético, vuelve á la vida literaria. Se fundaba entónces en Richmond (Virginia) el Southern literary messenger (Mensajero literario del Sur.)—Poe entró á ser su director literario y supo crear y sostener la notable prosperidad de esta revista: en ella aparecieron la aventura de Hans Pfall y la mayor parte de sus cuentos, ademas de los artículos críticos; ganaba por todo esto 500 pesos anuales y se casó entónces con su prima Virginia Clemm. Pero no tardó en separarse del propietario del periódico y desde entónces le vemos errante por los estados de la Union, escribiendo en todas partes y luchando en todas con la miseria, hasta que en esta lucha horrible sucumbe su esposa. Se decide entónces á dar lectura de su poema cosmogónico *Eureka*, y de esta manera vuelve á Virginia, y consigue escitar allí el entusiasmo de sus compatriotas, pero este era su postrer triunfo; cuando pensaba ya fijarse en los lugares donde

(*) La Coleccion de Cuentos de Poe.

había pasado su infancia, cuando la felicidad le sonreía, viene la muerte á sorprenderle ¡y de qué manera!

Su miseria ó sus dolores morales le habían llevado á buscar el olvido en la intemperancia, y por mas que ni aun en el genio sea perdonable el vicio, séanos permitido al menos compadecer su desgracia: esta fatal pasión por las bebidas alcohólicas atrajo sobre él todas las miserias, y sin embargo no podía arrancarse de sus brazos ni producir ya nada sin esta excitación suicida, que le ponía en el caso de atravesar ébrio las calles de Nueva-York, mientras todo el mundo leía con emoción su artículo de la víspera: Así exacerbaba su imaginación ya exaltada de suyo, y por eso sus obras presentan ese carácter de extrañeza que da desde luego á conocer que su cerebro, al pensar de esa manera, no estaba en un estado normal. Si grande fué la falta, grande fué su expiación, que no es posible quebrantar impunemente las leyes de la naturaleza, pues aquí el pecado lleva siempre consigo el germen de inevitable penitencia.

Al amanecer del domingo 7 de Octubre de 1845, se encontró en las calles de Baltimore á un hombre ébrio, casi un cadáver, peor que un cadáver: era Poe, presa del *delirium tremens*, enfermedad terrible que con la combustión espontánea es el lúgubre término de la intemperancia alcohólica. En la tarde del mismo día este genio que hoy aplaudimos murió en el hospital, á la edad de 37 años. Ahora comprendereis muy bien por que sus obras no han podido menos de impregnarse de esta atmósfera de sufrimiento ignorado que producen en el espíritu del hombre que lleva en su cabeza la luz del genio y la inspiración divina, esas luchas oscuras y degradantes que un día y otro día tiene, que sostener con las necesidades más vulgares; ahora comprendereis donde encontraba esas visiones extrañas, engendro mestizo de la exaltación del genio y del alcohol."

Loemos su número y censuramos su vicio.— Envidiémosle el genio y compadezcamos al hombre: he aquí la colección de sus originalísimos cuentos que comenzamos á publicar en este número.

EL GATO NEGRO.

Ni espero ni solicito crédito para la muy extraña y sin embargo muy positiva historia que voy á consignar por escrito. Verdaderamente sería una locura esperar en un caso en que mis sentidos mismos rechazan su propio testimonio. Y sin embargo, yo no estoy loco, y positivamente no sueño. Pero mañana moriré, y quisiera hoy descargar mi conciencia. Mi deseo inmediato es presentar al mundo, clara, sucintamente y sin comentarios, una serie de sencillos acontecimientos domésticos. En sus consecuencias estos sucesos me han aterrado, me han torturado, me han aniquilado... No trataré, empero, de explicarlos. A mí sólo me han producido horror: para otros serán menos terribles que extraordinarios. Luego quizá se encuentre una inteligencia más tranquila, más lógica, y mucho menos excitable que la mía, que no halle en las circunstancias que con terror yo cuento, más que una sucesión ordinaria de causas y efectos muy naturales.

Desde mi infancia me he distinguido siempre por la mansedumbre y humanidad de mi carácter. Mi blandura de corazón era tan notable, que había hecho de mí el juguete de mis camaradas. Particularmente, por los animales tenía yo locura, y mis padres me habían permitido poseer una gran variedad de favoritos. Con ellos pasaba casi todo el tiempo, y nunca me hallaba mejor que cuando les daba de comer y les hacía caricias. Esta particularidad de mi carácter creció con la edad, y cuando llegué á hombre, de ella hice una de las principales fuentes de mis placeres. Para aquellos que han dedicado su afecto á un perro tan fiel como sagaz, no he menester explicar la naturaleza ó la intensidad de los gozos que de aquí pueden sacarse. Hay en el amor desinteresado de un animal, en aquel sacrificio de sí mismo, al-

go que va directamente al corazón del que ha tenido frecuentemente ocasión de probar la enfermiza amistad y la fidelidad de gata del hombre.

Caséme temprano, y tuve la dicha de encontrar en mi mujer una disposición simpática á la mía. Observando mi gusto por aquellos favoritos domésticos, mi mujer no perdió ocasión alguna de procurarme los de las más agradables especies. Así tuvimos pájaros, peces dorados, un hermoso perro, conejos, un mono chiquitín y un gato.

Este último era un animal particularmente robusto y hermoso, negro por completo, y de una maravillosa sagacidad. Hablando de su inteligencia, mi mujer, que en el fondo no estaba poco tocada de superstición, hacía frecuentes alusiones á la antigua creencia popular que miraba á todos los gatos negros como brujas disfrazadas. No quiere decir esto que sobre tal punto ella se mostrase siempre seria; — menciono la cosa, simplemente porque me viene en este mismo instante á la memoria.

Pluton—este era el nombre del gato—era mi preferido, mi compañero. Yo solo le daba de comer, y él me seguía en casa por donde quiera que fuese, y no sin trabajo lograba que no me siguiera por las calles. Nuestra amistad así subsistió muchos años, en los que en el conjunto de mi carácter y de mi temperamento—por obra del demonio *Intemperancia* (me avergüenzo de confesarlo)—sufrí una alteración radicalmente mala. Por días me fui volviendo más triste, más irritable, más indiferente á los sentimientos de los demás. Me permití con mi mujer un lenguaje brutal, y á la larga llegué hasta violencias personales. Mis pobres favoritos naturalmente debieron resentirse del cambio de mi carácter. No solamente los desatendía, sino que los maltrataba. En cuanto á Pluton, todavía me inspiraba alguna consideración que me impedía tratarle mal, mientras que no sentía el menor escrúpulo en pegar á los conejos, al mono, y aun al perro, cuando por casualidad ó por capricho se arrojaban interceptándome el camino. Pero mi mal me invadía cada vez más, (qué mal es comparable al alcohol!) y á la postre, Pluton mismo, que ya se hacia viejo y naturalmente se tornaba un poco desabrido, Pluton mismo comenzó á conocer los efectos de mi mal carácter.

Una noche, que entraba yo en mi casa ébrio, de vuelta de una de mis guaridas de los arrabales, llegué á imaginarme que el gato evitaba mi presencia. Le agarré; pero él asustado de mi violencia me hizo con los dientes una ligera herida en la mano. Un furor demoníaco, súbitamente, se apoderó de mí; desconocíme en aquel momento. Pareció como si mi alma original volase de un golpe de mi cuerpo, y que una maldad archidiaabólica, saturada de *gin*, penetrara en cada fibra de mí ser. Saqué del bolsillo de mi chaleco un corta-plumas, le abrí, agarré al pobre animal por la garganta, y... deliberadamente le hice saltar... un ojo de su órbita!... ¡Me sonrojé, me abrasé, me estremecí escribiendo esta condenable atrocidad!

Cuando me vino la razón por la mañana; esto es, cuando se hubieron disipado los vapores de mi exceso nocturno, experimenté un sentimiento mitad horror, mitad remordimiento por el crimen que había cometido; pero era, á lo más un débil y vago sentimiento, y el alma no sufrió sus efectos. Sumergíme en los excesos, y muy luego ahogaba en el aguardiente todo el recuerdo de mi acción.

En tanto, el gato se curó lentamente. La órbita del ojo perdido presentaba, es verdad, un aspecto horrendo, pero el gato no pareció sufrir más. Iba y venía por la casa según su costumbre; pero como debía yo esperararlo, huía con extremado terror á mi aproximación. Quedábame aún bastante de mi antiguo corazón para afligirme de esta evidente antipatía de una criatura que antes me había amado tanto. Pero este sentimiento pronto hizo lugar á la irritación. Y entonces apareció, como para mi caída final ó irrevocable, el espíritu de *Per-versidad*. De este espíritu la filosofía no se da cuenta alguna, y sin embargo, lo mismo que en la existencia de

mi alma creo yo que la perversidad es una de las primitivas impulsiones del corazón humano; una de las indivisibles y primeras facultades — ó sentimientos — que dan la dirección al carácter del hombre. ¿Quién no se ha sorprendido cien veces ejecutando una acción insensata ó vil por la sola razón de saber que debía no cometerla? ¿No tenemos una perpétua inclinación, á pesar de la excelencia de nuestro juicio, á violar lo que es la ley, simplemente porque sabemos que es la ley? — Pues este espíritu de *Perversidad*, como he dicho, vino á causar mi pérdida final. Era este deseo ardiente, insondable, del alma, de torturarse ella misma, de violentar su propia naturaleza, de hacer el mal por el solo amor del mal; quien me empujaba á continuar, y finalmente, á consumir el suplicio que había infligido al inofensivo animal. Una mañana, á sangre fría, le eché un nudo corredizo al cuello, colgándole luego de la rama de un árbol... Le colgué con los ojos llenos de lágrimas; con el más amargo remordimiento en el corazón... Le colgué porque sabía que me había amado y porque conocía que no había dado ningún motivo para mi cólera... Le colgué porque sabía que haciéndolo así cometía un pecado... un pecado mortal que comprometía mi alma inmortal, hasta el punto de ponerla más allá, si esto fuese posible, de la misericordia infinita del Dios todo misericordioso y todo ternura.

La noche que siguió á la ejecución de este acto tan cruel, arrancóme del sueño el grito de ¡¡fuego!! Las cortinas de mi cama eran presa de las llamas. Toda la casa ardía... Sólo á duras penas escapamos del incendio mi mujer, un criado y yo. La destrucción fué completa. Toda mi fortuna fué devorada, y yo me entregué entonces á la desesperación. No traté de establecer una relación de causa á efecto entre la atrocidad y el desastre: por cima estoy de esta debilidad; pero estoy dando cuenta de una cadena de hechos, y no quiero descuidar un solo eslabón. — El día siguiente al incendio, visité las ruinas. Las paredes yacían por tierra, exceptuando una sola; y esta sola excepción era un tabique interior, poco grueso, situado casi en el centro de la casa, y contra el que se apoyaba la cabecera de mi cama. La fábrica había resistido aquí, en gran parte, la acción del fuego; hecho que yo atribuí á que recientemente había sido retocada. Al rededor de esta pared estaba un montón de gente, y algunas personas parecían examinar con una atención viva y minuciosa una determinada parte. La palabra raro! singular! y otras palabras excitaban mi curiosidad. Me aproximé á un bajo relieve esculpido sobre aquella superficie blanca... la figura de un gigantesco gato. La imagen estaba trazada con una exactitud verdaderamente maravillosa... Y allí había una cuerda al rededor del cuello del animal.

Desde luego, al ver esta aparición, porque yo no podía menos de considerar aquello como una aparición, mi asombro y mi terror fueron extremados. Pero al fin la reflexión vino en mi ayuda. Recordé que el gato había sido colgado en un jardín adyacente á la casa. A los gritos de alarma este jardín había sido inmediatamente invadido por la multitud, y el animal debía haber sido arrancado del árbol por alguno y arrojado en mi cuarto por una ventana abierta. Esto debía haberse hecho con el fin de despertarme. La caída de las paredes había comprimido la víctima de mi crueldad sobre el yeso recientemente puesto: luego la cal de este tabique, combinada con las llamas y el amoníaco del cadáver, había producido la imagen tal cual yo la veía.

Aunque yo satisficiera así hábilmente á mi razón, ya que no por completo á mi conciencia, el hecho sorprendente que acabo de contar no por eso dejó de hacer en mi imaginación una impresión profunda. Durante muchos meses no pude desembarazarme del fantasma del gato, y durante este período tornó á mi alma un semidolor, que parecía ser, pero que no era, un remordimiento. Llegué hasta deplorar la muerte del animal, buscando en torno mio, en los tabacos despreciables que entonces frecuentaba, otro favorito de la misma especie

y de una figura semejante para sustituirle.

Una noche, estando yo sentado medio ido, en un sitio más que infame, atrájome súbitamente la atención un objeto negro que reposaba sobre lo alto de uno de los inmensos toneles de gin ó de ron que componían el principal adorno de la sala. Hacía algunos minutos que miraba fijamente lo alto de aquel tonel, y lo que me sorprendía ahora era que aún no había percibido el objeto situado encima. Aproximéme y lo toqué con la mano... Era un gato negro, un gato gordísimo, — al menos tan gordo como Pluton, — á quien se parecía extraordinariamente, si se exceptúa un punto. Pluton no contaba un solo pelo blanco en todo el cuerpo: éste tenía una gran mancha blanca, pero de forma indecisa, que le cubría casi todo el pecho.

Apénas le hube tocado se levantó súbitamente, gruñó algo, poco, restregóse contra mi mano, y pareció contento de mi atención. Esta era pues la verdadera criatura que yo buscaba. Propuse en seguida al propietario de la taberna, comprarlo; pero este hombre no conocía el gato, no lo había visto jamás. Continué mis caricias, y cuando me preparaba á volver á mi casa, el animal se mostró dispuesto á acompañarme. Le permití hacerlo, bajándome de vez en cuando y acariciándole conforme marchaba. Cuando llegó á casa, se encontró allí como en la suya y fué en seguida el gran amigo de mi mujer.

Por mi parte muy luego sentí que en mí se alzaba cierta antipatía contra él. Esto era lo contrario de lo que yo esperaba; pero no sé cómo ni por qué esto se verificó; su evidente cariño hacía mí casi me producía disgusto y me cansaba. Por lentos grados estos sentimientos de disgusto y cansancio subieron hasta la amargura del odio. Huía del animal; un cierto sentimiento de rubor y el recuerdo de mi primer acto de crueldad me impedieron maltratarle. Durante algunas semanas me abstuve de pegar al gato ó de castigarle con violencia; pero gradual... insensiblemente llegué á mirarle con un invencible horror, y á huir en silencio de su odiosa presencia como del hálito de la peste. — Lo que aumentó sin duda mi aborrecimiento, fué el haber descubierto por la mañana, luego de haberle traído á casa, que, como Pluton, también carecía de un ojo. Esta circunstancia, empero, le hizo más caro á mi mujer, que como he dicho atrás, poseía en un alto grado aquella ternura de sentimiento que de antaño había sido mi rasgo característico y la fuente más abundante de mis placeres más sencillos y más puros.

Sin embargo, el afecto del gato hacía mí parecía aumentarse en razón de mi aversión hacía él. Segnía mis pasos con una obstinación que sería difícil hacer comprender al lector. Cada vez que me sentaba, se acurrucaba bajo mi silla ó subía sobre mis rodillas, llenándome de sus repugnantes caricias. Si me levantaba para andar se metía entre mis piernas y casi me tiraba al suelo, ó bien hincando sus largas y agudas uñas en mis ropas trepaba de este modo hasta mi pecho. En estos momentos, aunque yo deseara matarle de un buen golpe, me lo impedían, por una parte el recuerdo de mi primer crimen, más principalmente (debo confesarlo de seguida) un verdadero terror del animal. Este terror, no era positivamente el terror de un mal físico; y sin embargo, trabajo me costaría definirlo de otra manera. Casi me avergüenzo de confesarlo... sí, y aún en esta celda de malhechor me avergüenzo de confesar que el terror, el horror que me inspiraba el animal habían sido aumentados por una de las quimeras más cabales que es posible concebir. Mi mujer me había llamado la atención más de una vez sobre el carácter de la mancha blanca de que he hablado, y que constituía la única diferencia visible entre este raro animal y el que yo había muerto. El lector recordará sin duda que aquella señal, aunque grande, era primitivamente indefinida en su forma; pero lentamente, por grados, imperceptibles y que mi razón se esforzó en vano en considerar como imaginarios, á la larga había concluido por tomar una rigurosa precisión de contornos... Era la imagen de un

objeto que me estremeció al nombrar... y era esto lo que sobre todo me hacía mirar al monstruo con horror y con disgusto, y lo que me habría empujado á librarme de él... si me hubiese atrevido...! Era la imagen horrible de una cosa siniestra...; la imagen de la *horca*!...; Oh!; lúgubre y terrible máquina!; Máquina de horror y de crimen, de agonía y de muerte!!! Y, sin embargo, en verdad yo era un miserable mas allá de la miseria posible de la humanidad. ¡Un animal, cuyo hermano había yo destruido con menosprecio; un animal, un bruto traerme á mí, á mí, hombre hecho á imagen del Dios Altísimo, un infortunio tan grande y tan insufrible! Durante el día la criatura no me dejaba solo un momento; durante la noche, á cada instante, cuando yo salía de mis sueños llenos de intraducible angustia, era para sentir el caliente hálito de la *cosa* en mi rostro, y su inmenso peso, encarnación de una pesadilla que yo era impotente á sacudir, eternamente puesto sobre mi corazón.

Bajo la presión de tales tormentos, lo poco bueno que en mí quedaba sucumbió. Malos pensamientos fueron los únicos míos: los mas oscuros y peores pensamientos. La tristeza de mi humor habitual creció hasta el odio á todas las cosas y á toda la humanidad. Sin embargo, mi mujer, que no se quejaba jamás, era ¡ay! mi sufridor ordinario, la mas paciente víctima de las súbitas, frecuentes é inapagables erupciones de una furia á que me abandoné desde entonces ciegamente. — Una día mi mujer me acompañó para cierto quehacer doméstico á la cueva del viejo edificio en que nuestra pobreza nos obligaba á vivir. El gato me siguió por las ásperas gradas de la escalera, y habiéndome casi hecho caer de cabeza en la primera, me exasperó hasta la demencia. Levanté una hacha, y olvidando en mi rabia el pueril temor que hasta entonces había tenido mi mano, dirigí al animal un golpe que hubiera sido decisivo, á haberle alcanzado como yo le envié; pero la mano de mi mujer detuvo el golpe. Esta intervencion me aguijoneó hasta un furor mas que demoníaco: desembarazé mi brazo de aquella sujecion, y sepulté mi hacha en el cráneo de mi mujer... Esta cayó muerta en el sitio, sin exhalar un gemido.

Ejecutado este horrible asesinato, púsemme inmediata y deliberadamente á tratar de ocultar el cuerpo. Comprendí que no podía hacerlo desaparecer de la casa, bien de noche, bien de día, sin correr el peligro de ser visto por los vecinos. Muchos proyectos atravesaron mi espíritu. Por un momento tuve la idea de dividir el cadáver en dos pequeños pedazos y destruirlos por el fuego. Después resolví cavar un hoyo en el suelo de la cueva. Luego pensé arrojar el cuerpo al pozo del patio... mas tarde meterlo en un cajon como mercancía, con la forma acostumbrada, y encargarlo á un comisionista que lo sacara de casa... Finalmente, me detuve en un recurso que estimé el mejor de todos: me determiné á emparedarlo en la cueva, como se hacía en la Edad Media, según dicen, con algunas víctimas.

La cueva estaba bastante bien dispuesta para tal propósito. Las paredes habían sido construidas con negligencia, habiendo recibido poco tiempo hacía, en toda su extension, una mano de yeso no endurecido aún por causa de la humedad de la atmósfera. Á mas, en una de las paredes había un hueco causado por una falsa chimenea ó especie de hogar, que había sido rellenado y tapiado del mismo modo que el resto de la cueva. No dudé, pues, que sería fácil quitar los ladrillos de este lado é introducir allí el cuerpo, cubriéndolo todo del mismo modo, y de manera que ojo ninguno pudiese descubrir allí nada sospechoso.

No erré en mi cálculo. Con ayuda de una palanca separé fácilmente los ladrillos, y habiendo puesto, con todo cuidado, el cuerpo contra la pared interior, le sostuve en esta posición, hasta haber restablecido, sin demasiado trabajo, toda la obra en su primitivo estado. Habiéndome hecho de argamasa, arena y polvo, con todas las precauciones imaginables preparé un blanqueo que no podía distinguirse del antiguo, y con él revestí

cuidadosamente el nuevo enladrillado. Cuando concluí, reparé con satisfaccion que todo estaba admirable. La pared no ofrecía la mas ligera traza de desorden... Quité con mucho esmero todos los cascajos; espulgué, por decirlo así, el suelo, y mirando triunfalmente al rededor mio, me dije; “¡Aquí, al menos, mi trabajo no ha sido perdido!”

Mi primer movimiento fué buscar al animal que había sido la causa de una desgracia tan grande; porque, al fin, yo había resuelto darle muerte. Si hubiera podido encontrarle en aquel momento, su destino era claro: mas parecia que el astuto animal se había alarmado de mi reciente cólera, y puesto cuidado en no mostrarse en el estado presente de mi humor. Es imposible describir ó imaginar la profunda sensacion, el grato alivio que la ausencia de aquella detestable criatura trajo á mi corazón. No se presentó en toda la noche... y así esta fué la primera noche buena, — desde su introduccion en la casa, — que dormí sabrosa y tranquilamente... ¡Sí! ¡Dormí con el peso de aquel asesinato sobre el alma!!!

Pasaron el segundo y el tercer día, y sin embargo, mi verdugo no vino. Una vez mas respiré como un hombre libre. ¡El monstruo, en su terror, había desocupado aquellos lugares para siempre! Ya no lo veria mas. Mi felicidad era suma. — Lo criminal de mi tenebrosa accion me inquietaba muy poco. Habían hecho, si, una especie de indagatoria, pero se había satisfecho cómodamente. Hasta una pesquisa se había ordenado; pero, como era natural, nada se podía descubrir. Miraba, pues, yo mi futura felicidad como asegurada.

El cuarto día despues del asesinato, un peloton de policías vino de improviso á la casa, y procedió de nuevo á una rigurosa investigacion de lugares. Confiando, sin embargo, en la impenetrabilidad del escondrijo, yo no tuve el mas pequeño embarazo. Los jefes me hicieron acompañarlos en su pesquisa. No dejaron un rincón ni un ángulo por explorar. Al fin por tercera ó cuarta vez bajaron á la cueva. Ni uno solo de mis músculos se agitó. Mi corazón latía pacíficamente, como el de un hombre que duerme en la inocencia. Media á grandes pasos la cueva de un extremo á otro: cruzados los brazos sobre el pecho andaba con soltura por aquí y por allá... La policia estaba plenamente satisfecha, y se disponía á despejar. El júbilo de mi corazón era harto fuerte para ser reprimido... Me abrazaba por decir á lo ménos una palabra, á modo de triunfo, y para hacer doble el convencimiento de la policia, de mi inocencia.

“Señores, — dije al fin, cuando el peloton subía la escalera, — estoy contentísimo de haber apagado vuestras sospechas. Os deseo á todos buena salud... y un poco mas de cortesía... — Y sea dicho de paso, caballeros, ved aquí una casa particularmente bien edificada (en mi rabioso deseo de decir algo con cierto aire intencionado, apenas si sabía lo que estaba hablando)... puedo decir que esta es una casa **ADMIRABLEMENTE** bien construida... Estas paredes — ¡pero qué os vais, caballeros? — estas paredes están **sólidamente** fabricadas!”

Y aquí, con frenética audacia, golpeé recio, con un palo que en la mano tenía, precisamente sobre aquella parte de enladrillado, tras la que estaba el cadáver de la esposa de mi corazón... ¡Ah!; que al menos Dios me proteja y me libre de las garras del Archi-demonio!... ¡Apénas el eco de mis golpes se hubo perdido en el silencio, una voz me respondió desde el fondo de la tumba!... Un quejido, débil y entrecortado como sollozo de un niño, pero que muy luego se hinchó, convirtiéndose en un grito prolongado, sonoro y continuo, completamente anormal y anti-humano: un aullido... un chillido mitad horror, mitad triunfo, como solamente puede lanzarse y crecer en el infierno, espantosa armonía salida á la vez de la garganta de los condenados en medio de sus tormentos y de los demonios regocijándose en su condenacion eterna.

Deciros mis pensamientos fuera locura. Sentíme desfallecer, y vacilé contra la pared opuesta. Por un momento los policías situados en los escalones quedaron inmóviles, pasmado de terror. Un instante después una docena de brazos robóticos se aplicaron sobre la pared, que cayó toda en una pieza... El cuerpo, ya grandemente descompuesto y sucio con la sangre coagulada, se ofrecía derecho ántes los ojos de los espectadores. Sobre su cabeza, con la encarnada boca dilatada y el ojo único centelleante, estaba encaramado el horrible animal cuya astucia me había inducido al asesinato, y cuya voz reveladora me entregaba al verdugo!
¡Había emparedado al monstruo en la tumba!!!

EDGARDO POE.

EXTRACTO DE LA DIVINA COMEDIA.

(Continuacion.)

“Vanamente invoqué en su favor inspiraciones por medio de las cuales le recordaba su deber en sus vigili-
as y ensueños; tan honda había sido su caída que no podía salvarle si no le mostraba las razas condenadas. Con este fin visité la mansión de los muertos y expuse mis plegarias y mis lágrimas al sábio cuya vigilancia le ha guiado hasta nuestra mansión; pero la soberana ley sería violada, si vadease el Leteo sin haber pagado un tributo: el de sus lágrimas y arrepentimiento. (*)

O tu che se' di là dal fiume sacro,
volgendo suo parlare a me per punta
che pur per taglio m' era paru t' acro,
ricominciò seguendo senza cunta,
di', di', se questo è vero: a tanta accusa
tua confession conviene esser congiunta.

Era la mia virtù tanto confusa,
che la voce si mosse e pria si spense
che dagli organi suoi fosse dischiusa.

Poco sofferse; poi disse: che pense?

Rispondi a me, che le memorie triste
in te non sono ancor dall' acque offese.

“Tú que gimes en la otra orilla del sagrado río — añadió Beatriz volviendo contra mí el punzante dardo de su discurso — habla, responde.

¿Son verdaderas mis acusaciones?

Tu confesion debe confirmarlas. —

En mi agonía mi voz se extinguió ántes de articular sonido alguno.

Y ella me dijo: ¿qué piensas? Responde: tus tristes recuerdos no han sido aún borrados por las aguas del Leteo.”

Confusione e paura insieme miste
mi pinsero un tal sí fuor de la bocca,
al quale intender fur mestier le viste.

Come balestro frange, quando scocca
da troppa tesa la sua corda e l' arco,
e con men foga l' asta il segno tocca;
sí scoppia' io sott' esso grave carco,
fuori sgorgando lagrime e sospiri
e la voce allentò per lo suo varco.

“La confusión y el temor arrancaron de mi boca un sí, casi ininteligible sin el auxilio de los ojos.

“La ballesta demasiado tendida rompe, desbandándose, la cuerda y el arco, y la flecha parte con menos velocidad; así fui yo quebrantado por la grave carga de mi dolor, y mi palabra expiró en medio de un torrente de lágrimas y suspiros.”

Beatriz entonces le pregunta qué abismos encontró él en las saludables inspiraciones de ella para hacerle amar el bien, único término apetecible; y después de varias preguntas semejantes, el bardo florentino

[*] Véase el original italiano de este trozo, en el núm. 13.

Piangendo dissi: le presentí cose
col falso lor piacer volser miei passi
tosto che 'l vostro viso si nascose.

Llorando dice: las cosas presentes con sus falsos prestigios extraviaron mis pasos tan luego como vuestro rostro se ocultó.

Y Beatriz continúa:

“Aun cuando calharas ó negaras tu falta no la ignoraría el infalible juez.”

En seguida Beatriz habla de su hermosura en términos que podrían parecernos poco modestos, si no tuviésemos presentes dos cosas: que es el enamorado Dante quien la hace hablar y que la *naturalidad* celeste con que Beatriz se expresa, aparta el énfasis terreno de su discurso, más alegórico que positivo.

“Escucha y reten la simiente de tus lágrimas para que no tengas que avergonzarte tanto y fortifiques tu corazon contra las sirenas.

“La pérdida de mi imagen terrenal sepultada en vuestro mundo, debió haberte hecho dirigir hácia un fin opuesto. Jamás la naturaleza ó el arte te ofrecieron encanto igual al aspecto del hermoso cuerpo en que fui encerrada y que hoy yace disuelto en la tierra.”

Ó lo que es lo mismo:

Mai non t' appresentó natura od arte
piacer, quanto le belle membra in ch' io
rinchiusa fui e che son terra sparte.

¡Cuán bellissimo es todo esto! Prosigamos recordando este discurso de Beatriz, aunque omitiendo en lo posible y con pena, el hermoso original italiano para no extendernos demasiado.

“Si aquel placer supremo te fué arrebatado por la muerte ¿qué cosa perecedera podía ya revivir tu anhelo?

“A las primeras sugerencias de los tentadores objetos ¿porqué no elevaste tus miradas hácia mí que no soy ya substancia engañosa?

“Era preciso plegar tus alas para esperar allá abajo nuevas heridas, de parte de alguna doncella (1) ó de alguna vanidad no menos pasajera?”

“Y mis miradas tímidas (habla Dante) vieron á Beatriz...”

“A través de su velo, y desde la verde orilla opuesta del río; cuánto excedía su belleza á la de otro tiempo! Tanto había excedido en hermosura á las demas hijas de la tierra!

“La ortiga del arrepentimiento me hirió cruelmente; entre las demas cosas, la mas idolatrada en otro tiempo me inspiraba ahora la aversion mayor.

“Bajo el peso de mis remordimientos, caí en desmayo y lo que fué de mí súpulo aquélla que causaba mi turbacion.”

“Cuando mi corazon tornó la vida á mis facultades, la mujer se mostraba sobre las aguas...”

“Me había llevado al río...”

“La gentil dama abrió sus brazos, los pasó en derredor de mi cabeza y me abismó en las olas de manera que pudiese beberlas.

“En seguida, sacóme de las aguas y ofrecióme, así purificado, á las cuatro bellas que danzaban, y cada una de ellas me cubrió con sus brazos.

“Aquí somos ninfas, en el Cielo estrellas. Ántes que Beatriz bajase al mundo, fuimos designadas para ser sus doncellas.

“Nosotras te llevaremos ante sus ojos; para habituarte á su luz paradisiaca, las tres mujeres (2) que viste próximas al carro místico, con su ojo penetrante, aguzarán tu vista.”

“Así cantaron ellas, y luego me condujeron hácia el pecho del grifon (3) por el lado en que se mostraba el

[1] PARGOLETTA. Con esta palabra y alusion parece que designa Beatriz á la Gentuoca que Dante debía amar mas tarde. Esta Gentuoca era una jóven luquesa.

[2] Las virtudes teologales, quizás.

[3] El monstruo alado de una persona y dos naturalezas, es Jesús, segun los comentadores, así como el carro místico es la Iglesia.

rostro de Beatriz, y tornaron á decirme:

“Sacia bien tus ojos; te hemos puesto ante las esmeraldas (1) de donde el amor te ha lanzado ya sus flechas.”

“Mil descos, mas ardientes que la llama, llevaron mis ojos á contemplar los suyos resplandecientes, fijos en el grifon.

“Así como el sol se refleja en un espejo, la doble bestia radiaba en los ojos de Beatriz, tanto con una forma, tanto con la otra.

“Imagina lector si habría de maravillarme el ver al monstruo inmóvil en sí mismo transformarse en su imagen reflejada!

“Llena de estupor y de alegría, mi alma saboreaba el festin delicioso, cuyo alimento sacia y da sed al mismo tiempo.

“Las tres mujeres, anunciándose como de la mas sublime tribu, se adelantaron cantando y bailando su danza angélica.

“Inclina, Beatriz, inclina tus ojos sagrados hácia tu fiel, que viene subiendo desde tan léjos para contemplarte.”

“Por piedad, dignate desvelarle tu faz, á fin de que distinga la segunda belleza, encerrada en tu persona.

“O esplendor de la luz eterna y viva! Qué hombre que haya palidecido á la sombra del Parnaso ó bebido en su fuente no confesaría su impotencia para pintarte?”

“¿Qué lábio humano podría describirte tal como te me has aparecido, allá en donde el cielo te sombreaba con su armonía, cuando te descubriste en el espacio?”

Beatriz que por lo visto en estos pasages simboliza la belleza celeste ó mística, conduce á Dante al Paraíso, último lugar ó punto de la trilogía que venimos extrayendo.

A. T. y R.

(Continuará.)

¿QUÉ ME TRAERÁS?

A.....

Aparicion seductora
Que cruzaste mi camino,
Y cuyo rostro divino
Me arrebató á mi pesar:
Dí ¿por qué tus lindos ojos,
Que así mi razon ofuscan,
Tan tenazmente me buscan?.....
¿Qué me traerás?

Es tu belleza, no hay duda,
La belleza de una maga,
Que me fascina, me embriaga
Y me atormenta á la par;
Y al ver de tus lábios rojos
La irresistible sonrisa,
Pregunta mi alma indecisa:
¿Qué me traerás?

Dime ¿serás por ventura
De mi aspiracion la meta?
¿De mis sueños de poeta
Milagrosa realidad?
Ó acaso Luzbel te envía
Como fatal instrumento
Para labrar mi tormento?.....
¿Qué me traerás?

¿Vendrás mi lóbrega senda
Á sembrar de gayas flores,
Trocando en oasis de amores
Mi triste, desnudo erial?
¿Ó vienes con los halagos

[1] Segun algun comentador de este pasaje, el Dante llama metafóricamente á los ojos de Beatriz "esmeraldas" por ser estas piedras preciosas las que, segun Plinio, tienen un color mas alegre entre todas las demás, y al mirarlas no se sacia la vista.

De tus gracias peregrinas,
Á regar tan solo espinas?.....
¿Qué me traerás?

Esos tus ojos de cielo
Que me asedian de improviso,
¿Son puertas de un paraíso
Que brinda ventura, paz?
¿O son páfidos umbrales
De horrendo recinto, en donde
Solo el Engaño se esconde?.....
¿Qué me traerás?

Será tu acento el de un ángel,
Deparado por Dios mismo
Para salvar del abismo
Al náuta que incierto va?
¿O es canto de una sirena,
De cuyas notas la mágia
Segura muerte presagia?.....
¿Qué me traerás?

¿Eres estrella que el día
Me anuncia de bienandanza,
Realizando mi esperanza
De amor y felicidad?
Ó exhalacion misteriosa
Cuya presencia me augura
Fatídica desventura?.....
¿Qué me traerás?

Aparicion hechicera
Que cruzaste mi camino,
Y cuyo rostro divino
Me arrebató á mi pesar:
¡Ah! dí ¿por qué me sonrien
Tus preciosos lábios rojos?.....
¿Por qué me buscan tus ojos?.....
¿Qué me traerás?

Ponce, Marzo 1º de 1,875.

F. J. Amy.

LEONARDO EL COCHERO.

NOVELA EN SIETE VIAJES POR PARIS.

CUARTO VIAJE.

Las dos viudas.—Napoleon iluminado.—Una cofia que cuesta un millon.

Leonardo, sin embargo, no se dejó vencer por estas buenas razones; se había vuelto ambicioso, vanidoso, no por él, sino por ella. ¿No volviendo á entrar en la taberna no ganaria mas de lo suficiente para vivir!

— Pero ¿y si caes enfermo?
— ¡Bah! me enviareis al hospital, y allí me curaré, no tengais cuidado.

— ¡Al hospital! ¡ah Leonardo!
— Además, no caeré enfermo, yo os respondo de ello; no me echareis de menos mientras ámbas necesiteis de mí. Y luego ¿acaso no tengo algunos ahorros en la caja? Todas mis propinas están allí bailando juntas, y procreando, en lugar de saltar con otras tantas en el cajon del tabernero. Os digo que no tengais cuidado; ese dinero está allí para procurar maestro á Julieta, que os lo devolverá con un ciento por ciento de beneficio, y ántes de lo que creéis; porque esta mañana he vuelto á consultar á un famoso doctor en pintura, que me ha dicho en confianza, como amigo, que ántes de saber dibujar puede uno ser profesor.... Para esto hay pensiones.... para las jóvenes. Es un secreto del oficio, y Julieta será desde luego profesora.... de jóvenes; lo que convendrá á esta niña.... ¡y á tres francos por leccion, ya veis! mientras que siendo costurera le será preciso permanecer todo el día sentada en una silla para ganar veinte sueldos y un dolor de espalda. ¡Nada de eso! Y Julieta no irá á pié por las calles como otras muchas. No lo sufrirá; no tiene por ventura un cabriolé á su disposicion?

La buena vieja acabó por ceder; Julieta preparándose á sus altos destinos concurría todas las mañanas á la academia de dibujo; despues al medio día

iba á una pensión de jóvenes para terminar la educación que Mme. Lardenais había empezado, y además tenía para apresurar sus progresos en una y otra ciencia un profesor especial. Añadid á este cargo que debía pesar naturalmente sobre la bolsa del pobre cochero, el papel de todas clases, los lápices, las plumas, los lapiceros, los cortaplumas, los originales para trabajar en casa: añadid también algo para el vestido de Julieta, por que la coquetería natural de la linda joven debía aumentar en exigencia á proporción de la nueva posición que querían hacerle, y fácilmente comprenderéis que el desorden no tardó en entrar en el caudal de nuestro amigo. El depósito de la caja de ahorros pronto se gastó.

Sin embargo, no se desanimó, y poco cuidadoso de la salud que había prometido á su madre conservar, Leonardo para aumentar su salario y provechos, se sometió con frecuencia á un servicio doble de día y de noche economizando hasta en su barba, en su ropa blanca y vestido, á riesgo de comprometer la reputación de buena apariencia que había tan justamente adquirido y parecerse á un cochero de fiacre, lo que era para él la semejanza mas humillante.

Por su parte la buena Mme. Toureau, entrando al fin resueltamente en esta vía, que en un principio había querido evitar, secundaba á su hijo en la lucha. Había ya desembolsado demasiado dinero para volver atrás. La noche que Leonardo pasaba corriendo las calles con su cabriolé, ella permanecía en su sillón co-siendo ó remendando para algunas buenas almas de la vecindad, y cuando á la madrugada volvía aquí pálido con la mala noche y disponiéndose á continuarla, encontraba á su madre con la aguja en la mano cerca de una vela de sebo casi consumida hasta el fin.

—Madre, la decía, esto no es razonable; ¡acabareis por quitarnos la vida!

—Hijo, trabajas demasiado; alguna desgracia nos sucederá, le contestaba, y ámbos dirigiendo la vista hácia la niña, que, en el sueño mas profundo y apacible, dormía en su cama. Á esta vista ámbos callaban y sonreían á la vez. Luego, despues de haber comido un bocadito, Leonardo volvía á su obligación; la vieja ayudaba á Julieta á vestirse; y cuando la dejaba en la academia, iba al *faubourg* de San Martin, á media legua de distancia, á arreglar la habitación de un dependiente de una casa de comercio que le daba cinco francos al mes.

En esta época la lotería tocaba á su fin; pero, sin embargo, existía, aunque acusada por las cámaras y amenazada de ser puesta fuera de la ley.

Una mañana, al salir Mme. Toureau de su casa, oyó ruido de tambores y pitos, observando al mismo tiempo un grupo de jente delante de una tiendecilla de comestibles situada en la esquina de las calles de Montmartre y el Cuadrante. En el primer momento de sorpresa solo vió uniformes, morriones y plumeros y creyó que habría ocurrido alguna riña, alguna desgracia.

—¿Vienen á arrestar á alguien? preguntó á una de sus comadres que estaba inmediata suspirando y levantando los ojos al cielo.

—¿Como! ¿arrestar á alguien? ¿estais soñando mandame Toureau? ¿Desde cuando se prende á las gentes al són de música, y de buena música, de la mejor; la de la lotería? ¿Conociáis á Alejandro el pinche de Mr. Berioit?

—¿Si lo conozco? El fué quien me vendió un pollo fiambre el 6 de noviembre, hace tres años, el día de mi hijo.

Pues bien: acaba de ganar un terno, un terno seco; tres mil francos por diez sueldos. No son caros, ¿es verdad?

—¿Y por qué pareciais desconsolada por eso?

—¿Vaya! porque yo hubiera querido que me tocase á mi y no á Alejandro; hace 18 meses que juego un terno y no acaba de salir, y dicen que la lotería se va á cerrar pronto; ya vereis como me falta tiempo. Esto es tener desgracia; ha sido menester que le haya tocado á ese Alejandro que cuenta 19 años de edad y no tiene hijos, mientras yo tengo cuatro, y que se va á comer eso con una cuadrilla de pillos y mujeres de mal vivir. Ahora os pregunto si el cielo es justo, mandame Toureau? ¿Sabeis que tres mil francos pueden sacar á una de apuros muy lindamente?

Esta última frase fué la que causó mas efecto á la

honrada Mme. Toureau; ella pensó en que su hijo no tendría necesidad de pasar mas noches espuesto al frio y á la lluvia; en Julieta, cuya suerte se vería desde luego asegurada, y el demonio la tentó. Pero para realizar mas seguramente todas sus esperanzas, y despues de reflexionarlo bien, 3,000 francos no le parecieron suficientes; necesitaba seis y jugó un franco á terno seco con los números 12, 36 y 60. La edad de Julieta, la de su hijo y la suya.

Al principio solo queria hacer un ensayo, una sola tentativa acerca de la cual había resuelto guardar un eterno secreto en caso de no salirle á medida de su deseo; pero pronto se aficionó á jugar su terno, con tanto mas ardor, cuando que la lotería debía cerrarse dentro de poco tiempo. La de París no le proporcionaba suficiente ventaja y recurrió á la de Lila, luego á la de Lyon, despues la de Strasburgo y últimamente á las cuatro á la vez, y creciendo sus deseos ambiciosos á medida que el momento fatal se acercaba, dobló sus jugadas y hasta las triplicó.

Leonardo supo al fin que, á pesar de su actividad sobrenatural y la de su madre, había deudas en su casa. Los proveedores se negaban á dar mas crédito y enviaban sus cuentas, lo que no le había aún sucedido. Él no podía explicarse de que procedía aquella progresión tan rápida en los gastos, y quiso ver las cuentas; la primera cosa que se ofreció á su vista, cuando la buena mujer se las presentó, fué un billete de lotería, ya antiguo.

Inmediatamente conoció la causa del mal. Adoraba á su madre, la respetaba, era demasiado semejante á él en sus sentimientos para no haber adivinado en el momento los motivos generosos que la habían impulsado á cometer esta falta, y no quiso humillarla con reconvencciones, contentándose con dar curso en su presencia al dolor que le causaba su embarazosa posición. Esta simple demostración bastó á la buena vieja, que le juró no volver á jugar mas y que no le cumplió la palabra.

Dos meses habían trascurrido desde que se verificó esta explicación que permaneció oculta como un misterio entre la madre y el hijo, el cual no pensaba mas en ello. Un empréstito de cincuenta escudos hecho á su amo había cubierto el déficit, y en la modesta morada del cochero, todo había vuelto al estado normal, cuando una mañana al despertar Julieta contó á sus buenos amigos el sueño que acababa de tener y del que estaba aún sorprendida.

—Me encontraba en medio de un bosque, dijo, en un lugar solitario, agreste, en que había aguas vivas y rocas delante de mí, y á mi izquierda un largo sendero arenoso que daba vuelta repentinamente al rededor de una colina. Estaba yo pintando un Fresno, un Fresno enorme, como quien dice, el rey del bosque.

—¿Y estabas sola? preguntó Mme. Toureau.

—Absolutamente sola, contestó la niña.

—¿Qué imprudencia! dijo en voz baja Leonardo.

—Toda mi atención, contestó Julieta, la tenía puesta en el árbol, en sus grandes ramas, en sus hojas relucientes, en su tronco arrugado, verdoso y amarillento, cuando dos figuras siniestras se dejaron ver en el sendero: eran dos hombres barbudos, muy feos, que solo podían tener malas intenciones.

—Ladrones ciertamente, dijo la vieja.

—Uno de ellos tomó á la derecha y otro á la izquierda, añadió Julieta, pero ámbos, sin dar á entender que me miraban, se acercaron á mí por un camino distinto, cuando de repente se volvieron tendiéndome los brazos y haciendo jestos horribles.

—¿Tunantes! exclamó Leonardo.

—¿Vaya! yo me asusté mucho, tanto que el miedo no me dejaba fuerzas ni para gritar, ni para moverme. Sin embargo, no sé por qué, me parecía que si me dirigía hácia el Fresno me vería libre. Esta era mi idea; pensando que como acababa de hacer su retrato debía amarme y protegerme. Era una idea muy rara ¿es verdad? Pero ya sabeis, en los sueños.... En consecuencia hice un esfuerzo para ir hácia él; pero no pude conseguirlo; mis piés habían echado raíces en el suelo. Estaba perdida porque los dos hombres barbudos seguían acercándose é iban á cojerme.

(Continuará.)

Establecimiento Tipográfico de Gonzalez.